

LA ECONOMÍA COMO CIENCIA MORAL CONTESTACIÓN A JOSÉ MARIO J. CRAVERO Y GABRIEL J. ZANOTTI¹

En 1997, Educa publicó mi libro *La economía como ciencia moral*². El mismo ha suscitado algunas reacciones e interrogantes en nuestro medio entre autores de tradición tomista. Me refiero en concreto a algunas referencias de José M. J. Cravero en un ensayo titulado *El tomismo en la filosofía contemporánea de la economía*, publicado también por Educa, y a una «Nota sobre el libro *La economía como ciencia moral* de Ricardo F. Crespo», escrita por Gabriel Zanotti y publicada en esta misma revista³. Estos trabajos me han hecho pensar y me he sentido obligado a tratar de responder a sus autores. Pero antes de comenzar cualquier consideración, quiero dejar constancia de mi agradecimiento a ellos, ya que con sus observaciones me han hecho reflexionar y ahondar en los temas que plantean. La corrección es una muy buena prueba de la amistad. Ambos han ejercido la primera y, por tanto, me honran con la segunda⁴.

El orden que seguiré será el siguiente: primero expondré algunos temas que constituyen el marco de la respuesta. Luego pasaré a las contestaciones concretas.

Las ciencias sociales como ciencias prácticas

Carlos Ignacio Massini ha escrito hace poco un ensayo que considero muy importante para la elucidación de las cuestiones referidas al conocimiento práctico. Se trata de su «Ensayo de síntesis acerca de la distinción especulativo-práctico y su es-

¹ Agradezco los comentarios de los Doctores Jorge E. Martínez Barrera, Carlos I. Massini Correas, Héctor J. Padrón, y Mons. Gustavo E. Ponferrada, con ocasión de la lectura de una versión previa de este trabajo en las Jornadas de Filosofía en Homenaje al Cincuentenario de la Fundación de la Sociedad Tomista Argentina, «Santo Tomás y nosotros», Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía, 26-27 de agosto de 1998. En un debate académico organizado en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Católica Argentina el 12 de mayo de 1999 he podido confrontar estas ideas con Cravero y Zanotti. Sin embargo no presenté las respuestas tal como aparecen en las secciones finales de esta nota. Agradezco a ambos sus comentarios y a Ludovico Videla que haya organizado esa reunión. Aclaro que, confrontadas las diferencias, las mismas se diluyeron en gran parte.

² Educa, Buenos Aires 1997.

³ Educa, Buenos Aires 1997, y *Sapientia* 52 (1998) 216-219, respectivamente.

⁴ También me he beneficiado y lo agradezco por una carta privada del Prof. Hernán Fitte, de la Universidad de la Santa Cruz, Roma, en un sentido similar a la observación de Cravero.

tructuración metodológica»⁵. Tal como el autor afirma allí, este trabajo es el resultado de estudios y artículos previos discutidos en diversas jornadas. Dentro de las precisiones de Massini me parece particularmente importante la idea de que los términos especulativo y práctico son analógicos, dando lugar a gradaciones diversas de practicidad y teoriedad en las diversas ciencias.

Dentro de las diversas combinaciones posibles, nos interesan la de aquellas ciencias que son prácticas por el objeto, pero que por otros criterios, dentro de los que tiene preponderancia el fin, son teóricas. Esto es así pues esta combinación parece corresponder al estatuto de las actuales ciencias sociales. Así opina Yves Simon, quien afirma que el objeto de las ciencias sociales es el de las antiguas «ciencias prácticas»⁶.

Siguiendo la idea de una gradación en la practicidad y teoriedad de las ciencias, nos preguntamos cuál es el alcance de la practicidad de las ciencias prácticas. Volvemos a Massini, quien cita la *Quaestio Disputata De Veritate*: «Un conocimiento se dice práctico, dice el Doctor Angélico, por su ordenación al obrar, lo que ocurre de dos maneras. Algunas veces, en acto: es decir, cuando se ordena actualmente a algún operable [...] Otras veces, cuando un conocimiento es verdaderamente ordenable al acto, pero sin embargo no está directamente ordenado a él [...]; y de este modo un conocimiento es práctico virtualmente o en hábito, pero no en acto»⁷. Evidentemente se está refiriendo a un conocimiento que es práctico por el objeto, pero avanza sobre el criterio del fin para terminar de determinar su practicidad. La conclusión es que puede existir un fin aparentemente teórico en el conocimiento, como parece haberlo en las ciencias sociales, pero que, bien analizadas las cosas, en realidad es práctico, pues cabe al menos la posibilidad virtual de su uso práctico concreto. Es decir, siempre que el objeto de una ciencia involucre decisiones humanas —como es el caso de las ciencias sociales— la misma tiene un aspecto preponderantemente práctico, ya que versa sobre dichas decisiones (objeto) y constituye un conocimiento orientable a la acción. Como considera Charles DeKoninck, la posibilidad de formular hipótesis totalmente «objetivas», perfectamente independientes de los fines prácticos, es señal de un mal intelectualismo, que no es más que una faceta del voluntarismo⁸.

Es evidente, sin embargo, que en toda ciencia práctica también hay elementos especulativos, ya que, para empezar, el mismo conocimiento del fin es un conocimiento especulativo. Por otra parte, la división que corresponde al objeto y fin del conocer entre ciencia práctica y especulativa no se puede realizar si nos quedamos sólo al nivel de los principios y causas, ya que como también dice en el *De Veritate* q. 3 a. 3 ad 3um: «Aquellas cosas que son por los principios y las causas son comunes a las ciencias prácticas y especulativas; de lo cual resulta que por estas razones no se puede demostrar en una ciencia qué es especulativo y qué práctico». Por otra

⁵ *Sapientia* 51 (1996) 428-451.

⁶ *Practical Knowledge*, ed. by Robert J. Mulvaney (New York: Fordham University Press, 1991), p. 120.

⁷ *De Veritate*, q. 3 a. 3.

⁸ En «Sciences sociales et sciences morales»: *Laval Théologique et Philosophique* 1 (1945) 194-198.

parte, en toda ciencia práctica hay elementos instrumentales técnicos. Tomás de Aquino, siguiendo una división que hace Aristóteles en la *Metafísica*, distingue las ciencias prácticas de las productivas o técnicas y, por supuesto, de las especulativas⁹. Al comenzar el *Comentario a la Ética Nicomaquea*, el Aquinate escribe su célebre pasaje sobre los cuatro órdenes. Dentro de los mismos hay órdenes que la razón, al considerarlos, también los realiza. Se trata de los casos de las operaciones de la voluntad y de los productos exteriores. Los hábitos de estos actos de la razón son la filosofía moral y las artes mecánicas¹⁰. Está claro que cuando el objeto de la razón es teórico, la consideración de la razón sólo puede ser teórica, desinteresada, contemplativa. En cambio, cuando el objeto es práctico, puede ser tanto práctica como teórica, al buscar o no la realización del acto. «Por lo que es evidente que la razón humana respecto a las cosas naturales es sólo cognoscitiva, mientras que de las artísticas es cognoscitiva y factiva; luego es necesario que las ciencias humanas que versan sobre las cosas de la naturaleza sean especulativas, pero las que se refieren a las cosas hechas por el hombre sean prácticas u operativas por imitación de la naturaleza»¹¹. ¿Cuándo son prácticas y cuándo operativas? Depende del punto de vista del análisis: si se atiende a la perfección de la obra, son operativas o productivas. Si, en cambio, se concentra la atención en el acto mismo del consejo, el elegir o el querer, son prácticas¹². Pero muchas veces se consideran ambas perspectivas. En este sentido se puede hablar de un cierto entrelazado de puntos de vista en las ciencias sociales. Aunque haya una racionalidad práctica que tiene preponderancia subordinante por el carácter de su objeto, muchas veces el grueso del desarrollo de dichas ciencias es técnico. La relación de la economía, y también de las otras ciencias sociales, con la materialidad del hombre que le lleva a requerir medios de un modo necesario, hace que estas ciencias deban poner un énfasis especial en la eficiencia en el alcance de los fines transitivos de las acciones que son su objeto. Esto sucede tanto en la política, como en el derecho, la sociología y la economía. Lo dice explícitamente Gilles-Gaston Granger respecto a esta última: «En el ámbito de lo económico parece inevitable un entrelazamiento de las diferentes perspectivas de la racionalidad para alcanzar una definición eficaz de conceptos»¹³. Es decir, las ciencias sociales tienen elementos tanto teóricos como técnicos, no son completamente prácticas. Pero tanto por el objeto como por su carácter intrínsecamente orientable a la acción de su fin, en las mismas predominan los criterios que orientan el accionar de la ciencia práctica, sobre lo que volveremos a continuación. Por otra parte no hay que olvidar que la misma ciencia y la técnica son haceres humanos y son enseñables y que es muy difícil en este aspecto tan real hacer separaciones nítidas que la desprendan de connotaciones morales.

⁹ Cfr. *Metafísica* E 1: 925 b, y K 7: 1063 b.

¹⁰ Cfr. *In 1 Ethic.*, lect. 1, nn. 1-2.

¹¹ *In Pol.*, prooemium, n. 2.

¹² *In 1 Pol.*, lect. 1.

¹³ «Les trois aspects de la rationalité économique», en *Forme di razionalità pratica*, a cura di Sergio Galvan (Milano: Franco Angeli, 1992), p. 80.

*Las ciencias prácticas como ciencias morales
y la economía como ciencia práctica*

Difícilmente se pone en duda el carácter esencialmente moral de la política tal como es concebida por Aristóteles. Siendo el hombre naturalmente político (*Pol.* I 2), alcanza su fin, que es su bien (*EN* I 7), en la *pólis*. El fin de la política es la vida buena —*eu zen*—, y se propone aprender cuáles son las cosas buenas y justas¹⁴. «Y puesto que la política se sirve de las demás ciencias prácticas y legisla además qué se debe hacer y de qué cosas hay que apartarse, el fin de ella comprenderá el de las demás ciencias, de modo que constituirá el bien del hombre»¹⁵. También en este punto Tomás de Aquino sigue a Aristóteles. La «filosofía» moral (término, *philosophia*, que equivale a ciencia) se divide en tres partes: monástica, económica y política¹⁶. Dentro de ellas, la prioridad corresponde a la política¹⁷. Sin embargo, la ciencia práctica no es la ciencia ética —que es una de las ciencias prácticas, junto al derecho, la política y la economía—. Es una ciencia sobre un tipo de acción humana que comprende conocimientos que responden tanto a la racionalidad ética de dichas acciones como a su racionalidad técnica. Ya hemos enfatizado la importancia del alcance del fin técnico; no obstante, ésta no puede llevar a que se prescinda de las consideraciones prácticas o morales. Charles DeKoninck señala el error implícito en la pretensión de sustraer de las ciencias sociales el fin moral: «Supone una concepción errónea de la naturaleza misma del papel de la experiencia y la hipótesis, del método experimental aplicado al estudio del actuar humano»¹⁸. También la hermenéutica contemporánea ha reaccionado frente a la pretensión de neutralidad valorativa de las ciencias sociales. Aunque el contexto de la crítica sea diverso me parece interesante señalar que han advertido esta cuestión.

Es cierta aquella vieja idea expuesta por Max Weber acerca de la influencia de las creencias del investigador en la elección de los conceptos teóricos que se usan en la ciencia social descriptiva. Siempre hay un punto de vista para la determinación de dichas herramientas de análisis, que responde a los valores del investigador y que influye en el desarrollo concreto de la ciencia social, a no ser que la misma se limite a una mera enumeración de hechos sin ton ni son. ¿Qué criterio ha de adoptarse para que no se infiltre una intencionalidad ideológica o parcial en la elección de estas herramientas? Este es el gran problema que plantea Weber. Es decir, la búsqueda de una neutralidad —o mejor, imparcialidad, valorativa— en la elección de los conceptos que tienen relevancia valorativa. Puesto que, como bien han puesto de manifiesto numerosos epistemólogos de nuestro siglo, en la ciencia siempre están involucrados los valores (aún la mera descripción de los hechos está «empapada» en una teoría —*theory-ladenness*—). Por eso, el reto que se presenta a las ciencias —y

¹⁴ Cfr. *Ethic. Nicom.* I 4: 1095 b 5.

¹⁵ *Ibid.*, I 2: 1094 b 4-7.

¹⁶ Cfr. *In I Ethic.*, lect. 1, n. 6.

¹⁷ Cfr. *ibid.*, n. 28.

¹⁸ *Op. cit.*, pp. 196-197.

especialmente a las ciencias sociales— es el de la imparcialidad ideológica, o dicho de modo positivo, la adecuación de los criterios de análisis al objeto en cuestión.

La respuesta a este reto se encuentra en la readopción del paradigma de la ciencia práctica como el punto de vista buscado en las ciencias sociales. En todas las ciencias sociales estamos frente a acciones humanas individuales o colectivas, frente a elecciones que se dan en el tiempo, que son inciertas pues se dan en un futuro mediado por la libertad. El punto de vista práctico es el que se fija en la acción y la decisión. Éste constituye el criterio que brinda universalidad y, por tanto, cientificidad, al conjunto de datos obtenidos en la investigación histórica-comparativa descriptiva. La ciencia social, señala Finnis, puede ser general, porque es práctica¹⁹. La ciencia práctica trata acerca de *lo que* ha de hacerse y decidirse. En definitiva, se da la paradoja de que el criterio correcto de neutralidad valorativa es aquél que no es neutral, sino que adopta los valores de la razonabilidad práctica. Esta breve respuesta tiene un carácter puramente epistemológico y metodológico. No puede «bajar» al trabajo científico concreto de la determinación material de *lo que* ha de hacerse. Sin embargo, no queremos dejar de señalar la línea que ha de seguir esa búsqueda de un contenido concreto: la de la razonabilidad práctica. Es decir, lo que el hombre razonable y maduro, prudente y bien educado, diría Aristóteles, haría. Visto lo cual, pasemos a la ciencia social que aquí nos ocupa.

La economía, tanto según Aristóteles, como Santo Tomás, es ciencia práctica. Nos hemos extendido en nuestro libro sobre esto, mostrando los correspondientes textos, proveyendo los argumentos y citando opiniones concordantes al respecto de autores como W. Newman, Enrico Berti, Carlo Natali y Fred Miller, Jr.²⁰. Sólo la economía moderna ha pretendido sustraerse de este carácter predominantemente práctico, a favor de una pretendida consideración teórica neutral. De hecho, se transforma en una técnica, pues se convierte en una mera cuestión de adecuación de medios a fines determinados, sin consideración de la libertad en la elección de los fines y también de los medios. Esta reducción a una técnica excluye la consideración ética. En efecto, tal como afirma Wilhelm Hennis, «la subordinación de la filosofía práctica a las exigencias de un concepto de ciencia puramente teórico condujo a la eliminación de la ética del círculo de problemas corrientes del trabajo científico»²¹.

A estas alturas pienso que queda claro que cuando hablo de la economía como ciencia moral quiero afirmar que la economía es ciencia moral en tanto que ciencia

¹⁹ Cfr. John FINNIS, *Aquinas: Moral, Political and Legal Theory* (Oxford: Clarendon Press, 1998), cap. II; e ID., *Natural Law and Natural Rights* (Oxford: Clarendon Press, 1980), cap. I, textos de especial valor para el tema que estamos tratando y cuya lectura recomendamos. Sobre la imposibilidad de la neutralidad valorativa en las ciencias sociales, cfr., por ejemplo, el interesante estudio de Hillary PUTNAM, «Objectivity and the Science/Ethics Distinction», en ID., *Realism with a Human Face* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1990), cap. 11. Sobre la necesidad de la inserción de los valores en la economía, cfr. el reciente artículo de John TIEMSTRA, «Why Do Economists Dis-agree?»: *Challenge* 41/3, 46-62.

²⁰ *Op. cit.*, pp. 69ss. (cfr. especialmente p. 88).

²¹ *Politik und praktische Philosophie* (Neuwied am Rhein: Hermann Luchterhand Verlag GmbH, 1963), trad. españ.: *Política y filosofía práctica* (Buenos Aires: Sur, 1973), p. 54.

práctica. No es la ciencia moral, sino una ciencia de una forma de acción humana en la que se considera su racionalidad moral junto a otros elementos teóricos y técnicos. Estos últimos elementos tienen, tal como hemos señalado, un «volumen» mucho mayor que el de los elementos prácticos a los que se subordinan. En nada objetamos el desarrollo de este instrumental técnico absolutamente necesario. Pero no nos conformamos con considerar que la intervención del aspecto moral se inserta recién en el momento de la aplicación prudente del economista, es decir del acto económico individual y de la comúnmente llamada «política económica». La ciencia económica ha de tener en cuenta la moralidad de los fines y los medios en el marco de una legítima conducta optimizadora. Esto da origen a una reconsideración de la antigua *political economy* de los economistas clásicos, que era una rama de la filosofía moral, como orientadora y guía constante de la nueva *economics*, disciplina eminentemente técnica²².

Llegados a este punto, corresponde pasar a las respuestas.

Las objeciones de José M. J. Cravero

Si entiendo bien, el Profesor Cravero sostiene la validez de abstraer el aspecto moral, considerando sólo los técnicos, en algún tipo de saber. Estoy completamente de acuerdo con ello. Se trata de las llamadas por Santo Tomás «artes productivas», y venimos de señalar que hay mucho de esto en la economía.

«La economía como ciencia, dice luego Cravero, es una ciencia humana que se ocupa de un aspecto del obrar específicamente humano que es su dimensión económica. En su ámbito específico no entra la consideración de los valores morales en tanto que tales. Estos no constituyen su materia, como que la Economía nada puede decir válidamente desde su perspectiva propia acerca de ellos, considerados formalmente en su esencia ética. No obstante, en el análisis económico de la realidad se pueden tomar en cuenta los valores éticos de las personas o de las sociedades como «datos de la realidad» acerca de los que no juzga la economía; exactamente como pueden incorporarse en el análisis económico otros datos de la realidad, sean físicos, políticos o psicológicos»²³. Estoy de acuerdo, salvo en que cambiaría el verbo *pueden* por *deben* en la expresión «pueden tener en cuenta los valores éticos». Del mismo modo que tampoco sólo *pueden* sino que *deben* tenerse en cuenta en la economía como ciencia los factores físicos, psicológicos y políticos. Este necesario tener en cuenta los valores éticos es lo que quiero expresar al sostener que la economía es ciencia práctica. Se los tiene en cuenta para determinar cuál es una conducta económica ética.

Por eso, tiendo a pensar que o bien no me he expresado con claridad o bien Cravero no me ha entendido. Por otra parte, me parece que esta frase de Cravero

²² Sobre las relaciones y alcances de estas disciplinas —*economics* y *political economy*— cfr. mi reciente *Controversy* con el economista Peter J. Boettke, «Is Economics a Moral Science?», y especialmente mi respuesta a Boettke, «What Concept of Political Economy?»: *The Journal of Markets and Morality* 1 (1998). Esta aclaración pareció acercar las posiciones con Cravero en el marco del debate citado supra en la nota 1.

²³ *Op. cit.*, p. 60.

no es compatible con otras en las que sostiene la separación entre ciencia y valores para evitar una «contaminación»²⁴. Pienso que la clave puede estar, cuando haciendo una analogía con la ingeniería o la arquitectura, cuyos «objetos principales», dice Cravero —y concuerdo— son las cosas construidas, sostiene que el objeto de la ciencia económica no es la actividad económica, sino sus productos²⁵. Esta postura obedece a una concepción antigua de la economía, cuyo objeto era la riqueza, no a la contemporánea donde claramente es el acto económico. Pero lo que la ciencia económica contemporánea olvida, llegando a conclusiones similares a las de algunos pasajes de Cravero, es que dicha actividad económica supone una elección libre. La economía es «miope» y anula la libertad si sólo atiende a los medios, dejando fuera la elección de los fines²⁶. En la medida en que Cravero considera que el objeto de la economía es el producto de la actividad económica, transforma a la economía en un arte productivo o técnica, lo que Aristóteles denominaba «crematística».

Por otra parte, cuando Cravero se pregunta, «¿cuál es el objeto propio y principal de la ciencia práctica y de la ciencia productiva; la actividad o su objeto?»²⁷, da la impresión de no estar reconociendo la diferencia epistemológica entre ambos tipos de saberes, lo que luego lo lleva —si mi interpretación es correcta— a la confusión referida en el párrafo anterior.

En definitiva, Cravero manifiesta en todo su escrito una buena formación tomista y por eso pienso que nos pondremos rápidamente de acuerdo luego de estas aclaraciones o mediando una conversación en la que podamos terminar de confrontar nuestros puntos de vista²⁸.

Las objeciones de Gabriel J. Zanotti

En realidad, Gabriel Zanotti, más que objeciones, formula preguntas con una clara intencionalidad de diálogo. Transcribo a continuación el texto de Zanotti:

«Mi entusiasmo no me impide, sin embargo, formular algunas preguntas al autor. 1ª) ¿No hay un aspecto positivo del aspecto especulativo en toda ciencia social? ¿No hay un núcleo central teórico especulativo que tenga una «autonomía relativa» respecto al aspecto práctico-práctico? ¿No es la ética, según Derisi, una ciencia *especulativo-práctica*? Compartimos con el autor la tesis de que la pérdida de la practicidad de la economía se debe a un paradigma positivista fruto del iluminismo. Pero, ¿no es a ese positivismo al cual critica Husserl en nombre de la teoría y la contemplación pura?

2ª) Aunque ese núcleo central teórico tenga por objeto a la acción humana libre ¿no estaría caracterizado ese estudio por una deducción de las implicaciones formales de las valoraciones *libremente* establecidas de los sujetos actuantes en el mercado? ¿No cabría, por parte del autor, una reconsideración un tanto más positiva, en ese sentido, del deduc-

²⁴ Cfr. *op. cit.*, pp. 61ss.

²⁵ Cfr. *op. cit.*, p. 65.

²⁶ Debo la expresión «miope» aplicada a esta idea, a Kyle Swan, con quien compartí el trabajo en un equipo de investigación sobre «Market Praxis and Morality», Center for Economic Personalism, Grand Rapids (Michigan), junio-julio 1998.

²⁷ *Op. cit.*, p. 65.

²⁸ Tal como sucedió en gran medida en el ya citado debate académico.

tivismo de Menger y Mises y de la escuela austríaca en general?

3^a) ¿No es la caracterización de la Modernidad, por parte del autor, demasiado negativa? Parece identificarla con el Iluminismo, pero ¿son lo mismo?»²⁹.

Ante todo, agradezco el entusiasmo de G. Zanotti, que me consta que es sincero. A la primera pregunta contesto que estoy totalmente de acuerdo. Sobre lo único que no me atrevo a opinar, por mi ignorancia de la obra de Husserl, es si nos estamos refiriendo a la misma posición atacada por este filósofo alemán. Sin embargo, creo que esta última parte se relaciona con su tercera pregunta, ante la que también debo contestar afirmativamente, en el sentido de que debí hablar de «ciertas o algunas corrientes de la Modernidad» o directamente de «racionalismo iluminista» y no de la Modernidad genéricamente.

Respecto a la segunda pregunta, creo que debemos continuar el diálogo. Pues aunque estoy de acuerdo en que hay un núcleo antropológico, en gran parte deductivo, que puede ser «praxeológico» —en el sentido de estudio filosófico de la acción humana, tal como usan este término tanto Mises como Karol Wojtyła—, estoy más de acuerdo con la Praxeología de Wojtyła que con la de Mises³⁰. La de Wojtyła exigiría la eliminación de la expresión *formal* de la frase de Gabriel Zanotti y daría un papel preponderante a la inducción. Aprecio a Mises y su intento de considerar a la economía desde el punto de vista de la acción humana. Pienso que su confianza en la posibilidad de conocer una serie de principios antropológicos es muy positiva y no puedo dejar de estar de acuerdo con la misma. Pero considero que debemos desprendernos de su formalismo, que excluye una consideración material de las valoraciones, y de su apriorismo y deductivismo. Los mismos, a mi juicio, cortan las alas a una percepción más rica de la realidad. Por otra parte, esta misma es la crítica que le hace una rama moderna de la misma escuela austríaca. En este sentido pienso que Menger había sido más claro y que el desarrollo de Mises, quien critica al primero precisamente por su menor formalismo, ha sido regresivo en este punto. Pienso que se podrían hacer interesantes avances en dirección de una teoría económica más realista por dar cabida explícita a más factores dentro de la escuela austríaca, si nos desprendiéramos de las imposiciones cuasi-ideológicas de la observancia austríaca ortodoxa. Aclaro que con esto último de ningún modo me refiero a Gabriel Zanotti, quien es un intelectual abierto.

Espero que estas breves respuestas puedan facilitar una continuación del diálogo intelectual, imprescindible para no vivir cerrados, en un espíritu que corresponde claramente al de Tomás de Aquino.

RICARDO F. CRESPO

Universidad Nacional de Cuyo.

²⁹ *Op. cit.*, pp. 218-219.

³⁰ Los principales textos al respecto son, de L. VON MISES, *Human Action: A Treatise on Economics* (New Haven: Yale University Press, 1949), y de K. WOJTYŁA, *The Acting Person* (Dordrecht: D. Reidel, 1979).